

textos cine

las invasiones bárbaras, (*Les invasions barbares*, Dennis Arcand, 2003), revista electrónica *Semanario serbio*, 2004
Ignacio Castro Rey, Madrid, febrero de 2004.

Como en una rapsodia, en esta cinta pulula el horizonte completo de nuestros temas, todos los desfiladeros en los que han naufragado varias generaciones: el amor y la muerte, los hijos no reconocibles, el capitalismo, el declive de los viejos ideales, la pervivencia de la amistad en el paso implacable del tiempo, la revolución que fue imposible, la religión que también parece imposible, las drogas... Continuando la saga que Arcand comenzó en *El declive del imperio americano* (1986), ahora un acontecimiento irresoluble, la agonía del vitalista Rémy, reúne a los amigos dispersos en torno a una última fidelidad. Todos los "ismos" han muerto, incluso se han revelado parte del sistema, pero queda aún una última militancia posible en la cultura del afecto, en la fidelidad a los sentidos. Al menos, esto parece querer decirnos la piedad difícil de Arcand. Como en *Goodbye Lenin*, *Las invasiones bárbaras* cultiva particularmente la devoción de los hijos hacia los padres, incluso hasta el extremo de la mentira, de la corrupción. Sumando la rabia a su impotencia, los amigos de Rémy, también su hijo Sébastien, resisten en el borde mismo de lo tolerable.

Arcand parece indicarnos que no hace falta un programa general para fugarse, para resistir, para ser fiel a lo que fuimos. En sus personajes el principio moral común está no en la ideología, que también padece el cáncer de una proliferación sin eje, sino en una política intuitiva que brota de la existencia desnuda, de la vida arrojada a su vértigo. Tal vez el comunismo de antaño se prolonga, de alguna forma suficiente, en este comunismo de los afectos que todavía no es del todo ilegal.

Anatomía de una sociedad fracasada en todos los frentes excepto en uno, el poder del dinero, esta película no nos concede un fácil descanso. Se la ha acusado de teatral, exagerada, elitista. Vale. Pero, de hecho, Arcand presenta el cáncer no tanto como la enfermedad que mina a Rémy sino más bien como la metáfora de una metástasis social que lo inunda todo, corrompiendo a sindicatos y autoridades. Arcand traza un paralelismo doble entre la crisis del socialismo y la de la Iglesia, por un lado, y el triunfo del capitalismo salvaje norteamericano y los nuevos bárbaros que asaltan sus torres, por otro. Ante este embate doble, el cristal del rascacielos y el de la bomba que estalla, poco pueden hacer nuestras viejas armas de la crítica. Sólo queda aferrarse a la terquedad de la vida en sus trances cruciales, cosa que el director hila muy bien.

Ningún personaje delega en cuanto a las decisiones claves de su vida. Ni se ahorran esfuerzos en comprender. Rémy, sensual y socialista, es anticlerical pero al mismo tiempo tierno con la marginalidad de la iglesia. El policía no se puede dejar corromper, pero se apiada de la situación de Sébastien, buscando heroína para su padre. La joven drogadicta parece entrever lo alucinógeno del amor, de la crudeza misma de lo real... En cualquier caso, casi todos los personajes, salvo los jóvenes y despiadados alumnos universitarios de Rémy, sufren una metamorfosis al borde del dolor, en este trance de una agonía final. Una mutación crucial y una suerte de reconciliación con todas las esquinas de sombra que les rodeaban. Y no se trata simplemente de un final feliz (que además, tal como están los tiempos, tampoco rechazaríamos fácilmente). El hijo pródigo vuelve. Mejor dicho, nunca se ha ido, pues Rémy comprende que Sébastien, a su manera, también juega moralmente con el capitalismo, especulando de manera despreciativa con el sistema. Incluso la encantadora hija que siempre viaja lejos trasluce una adorable calor ("¡papi!", dice de manera temblorosa) a través de las pantallas de la Red. Creo que no todas las películas manejan actualmente una poética así, que atraviese distancias.

Francamente, no se entiende la acusación de elitismo o de cinismo que se ha manejado en algunos ambientes. La película es un poco teatral a veces, un poco "francesa" (el coro de amantes, etc.), pero esto no resta un ápice de su carga moral explosiva. Para empezar, todos los diques de clase revientan

ante la inminencia del dolor, de *algo* que sigue quedando fuera del sistema: el miedo de cada existencia a su vacío más íntimo, también su firmeza en ese vórtice. En este aspecto, *Las invasiones bárbaras*, que no deja títere con cabeza en el plano histórico, sigue teniendo el regusto de un raro optimismo vital. Después de destruir todos los ídolos (la democracia, las instituciones, la izquierda) nos sigue dejando el coraje de mantener una decisión propia incluso al límite de la muerte. ¿Vamos a resistirnos también a este último referente?